

—Id á la casa de mi hija de confesion la de la calle de ---- y decidle que me encomiende á Dios.

—Muy bien.

El tio Crispin fué á la casa del padre Pontolongon, y sin necesitar del tumulto, ni del estruendo, le dió una saqueada de moros que la dejó temblando.

Ensiló la mula, le dió á un monaguillo el caballo, y para ponerse en bien con la parte femenina de la poblacion, salió por la plaza victoreando á la independenciam y tomó con su compañero la vía del ejército de Hidalgo.

## CAPITULO IV.

### LA BANDA DE GENERAL.

#### I.

El ejército de Hidalgo se aumentaba de una manera sorprendente: los pueblos se alzaban en masa y salian á su encuentro y quedaban filiados entre los defensores de la independenciam.

Los grados se daban segun el número que presentaba cada caudillo, comenzando por el de coronel, para el que se fijó el de mil hombres.

Allende con su genio organizador, comenzó á darle forma á la multitud; ya no era aquella avalanche que parecia una tribu bárbara en emigracion, era un ejército en su primer dia, con solo el elemento del patriotismo y de la abnegacion.

Los caudillos hicieron una correría por la sierra de Guajuato, y conferenciaron sobre su plan de operaciones.

—Señor Hidalgo, decia Allende, apoderémonos de Querétaro, y cerremos la puerta del *Interior*; allí ha estado el foco revolucionario y nos aguardan con ansia nuestros amigos y partidarios.

—Olvidais, capitán, que la retaguardia de vuestro ejército está á descubierto y en un momento dado nos veremos aislados en nuestro centro de operaciones?

—Yo voy directamente al corazón, señor cura.

—Vuestros arranques son temibles, capitán; pero otra cosa es lo que aconseja la calma y la meditación.

—No podemos dudar del éxito, ya veis que no hemos encontrado obstáculo.

—Es que en estos momentos se preparan á batirnos; en San Luis está la división de Calleja, en Guadalajara la de Abarca y en Guanajuato se reunirán cien partidas que formarán bien pronto una fuerza respetable.

—Señor cura, tenemos un ejército fabuloso, solo con el choque de la masa podemos destruir á nuestros enemigos.

—Capitán, yo soy viejo, y no veo las cosas bajo el mismo aspecto: esa multitud puede desmoralizarse al escuchar el primer cañonazo; es necesario no hacerse ilusiones, ved que la disciplina es la base de un ejército, y aunque veais á todos sumisos á nuestra voluntad, no es eso lo que requiere la ciencia de la guerra, vos lo sabéis mejor que yo.

—Me desesperais, señor Hidalgo.

—Ya tendreis oportunidad de lucir vuestro valor, señor capitán; jamás pensé en adularos, pero sois todo un hombre capaz de llenar esta carga gigante que pesa sobre nuestros hombros.

—Determinad, pues yo estoy acostumbrado á la obediencia, no quiero ni por un solo momento ser responsable con mi opinión, si por acaso se malogra nuestra empresa.

—Capitán, sois el rayo que tengo en mis manos, dejadme que lo lance.

—Hablad, señor cura.

—Es necesario dirigirnos violentamente sobre Celaya, circundemos de fuerzas enemigas á Guanajuato, que caerá irremisiblemente en nuestro poder.

—Bien, señor cura.

—Alistad vuestra gente, que el movimiento debe ser rápido; es necesario no dejar que se preparen nuestros contrarios.

Allende dió sus órdenes, y luego que se supo la determinación de los caudillos, se alzaron mil gritos de entusiasmo, se agitaron los estandartes, los clarines se dejaban oír en una gran confusión, y aquella catarata tomó corriente por el camino que conduce á Celaya.

En las azoteas y torres de la población se habían agrupado los habitantes de la ciudad en espera del ejército de Hidalgo.

La tropa y las autoridades habían huido.

Hidalgo ignoraba el estado acéfalo de la ciudad y envió su intimación.

Unos ginetes se adelantaron rumbo á Celaya.

A pocos momentos se descolgaba en el valle aquella serpiente terrible, y se enroscaba con sus escamas de acero en torno á la ciudad.

A la contracción de sus anillos la ahogaría irremisiblemente.

El pánico mas horrible se apoderó del pueblo.

El subdelegado Muro abrió temblando la comunicación.

—“Nos hemos acercado á esta ciudad con el objeto de asegurar las personas de todos los españoles europeos: si se entregaren á discreción, serán tratadas sus personas con humanidad; pero si por el contrario, se hiciere resistencia por su parte y se mandase dar fuego contra nosotros, se tratarán con todo el rigor que corresponda á su resistencia: esperamos pronto la respuesta para proceder—Dios guarde á vdes. muchos años.—Campo de batalla, Setiembre 19 de 1810.—*Miguel Hidalgo.—Ignacio Allende.*”

“P. D. En el mismo momento en que se mande dar fuego contra nuestra gente, serán degollados setenta y ocho europeos que tenemos á nuestra disposición.—*Hidalgo.—Allende.*”

“Señores del ayuntamiento de Celaya.”

El ayuntamiento contestó que la ciudad estaba á merced de los caudillos.

El día veintiuno de Setiembre, Hidalgo hizo su entrada con gran solemnidad.

Dice un historiador que el héroe de Dolores marchaba á la cabeza de su ejército, acompañado de Allende y Aldama y otros jefes de distincion, llevando en su mano el estandarte sagrado de la Virgen de Guadalupe.

Seguia la música del regimiento de Dragones de la Reina, y cien soldados de ese batallon como escolta de los caudillos.

Marchaba una columna de caballería y despues los batallones independientes, no formando sino un corto número, porque la ciudad no podia dar cabida á un ejército tan numeroso.

Al llegar á la plaza la comitiva, un fanático realista disparó un tiro, que á ser certero da muerte á uno de los caudillos.

La respuesta no se hizo esperar: de las filas salió un proyectil que atravesó el corazon de Guadalupe Cisneros, cuyo cadáver quedó insepulto por tres días.

El pueblo de Celaya se declaró instantáneamente por la causa de la independenciam, y en aquellos momentos, como era natural, buscó desahogo su rencor, y se lanzó á las casas de los europeos, arrojando los muebles por las ventanas y saqueándolas completamente.

—Señor, dijo Aldama, este desórden es horrible, es necesario castigar á los perturbadores.

—Aprehended á todo el pueblo, dijo Hidalgo, y traédmele para castigarle, y luego añadió en voz baja y al oido del capitán: Esta es la revolucion; mañana no se romperán muebles, se despedazarán hombres en el campo de batalla.

Aldama guardó un silencio sombrío.

## II.

—Señor capitán Allende, dijo una vieja que se habia entrado en la sala donde conversaban los caudillos, disimulad una palabra.

—Teneis trazas de bruja, dijo Allende que era humorista.

—Somos paisanos, capitán, ya sabeis que San Miguel el Grande es país de hechiceros.

—Cabalmente, ¿y qué me quereis?

—Es una friolera, ¿quereis soldados?

—Tengo mas de los que se necesitan.

—Es que yo puedo dar muchos.

—Ea! buena vieja, retiraos, que tenemos mucho en que ocuparnos.

—Sois muy violento, capitán.

—Venís á ofrecerme á vuestros nietos?

—No, os vengo á ofrecer soldados de plata.

—No os comprendo.

—Ya sabeis que el dinero hace ejércitos.

—Entendida es la abuela.

—Pues plata y mas plata vengo á poner á vuestra disposicion.

—¿Y es vuestra ó del diablo?

—Casi, casi.

—Es singular, pensaba el jóven, lo que me está diciendo esta mujer.

—Seríais capaz de bajar á la tumba por dinero?

—No os comprendo.

—Pues bien claro me explico: os repito, señor capitán, que si tendríais valor de entrar á un sepulcro?

—Es un lugar al que tarde ó temprano tengo de-hacerle una visita.